

Redacción y Administración: 14 N. 1227
LA PLATA

IDEAS

Suscripción mensual 0.20
Número suelto . . . 0.10

Publicación Quincenal

Editada por la Agrupación del mismo nombre

Administrador: Risto Stolanovich

DE LA VIDA LAMENTABLE

Los esclavos del oro

He ahí un montón de seres humanos con la ansiedad pintada en los semblantes, el gesto vago y la mirada absorta, que febrilmente se agitan y forcejean. ¿Qué honda preocupación los embarga, qué objeto trascendental persiguen, qué magno ideal hicieron sacrificar aminor lo que tuvieran de humano, sentimientos, afectos y pasiones?

Observadlos bien y quedaréis asombrados. Ningún afán idealista los anima, ningún pensamiento grande los impulsa. Sus privaciones y sacrificios no son las del apóstol o del asceta sino las del avaro ambicioso. No buscan redimirse ni redimir a nadie; persiguen simplemente... una *posición*.

Este que veis de rostro demacrado y manos callosas, es sin duda un obrero. Mirad que presuroso corre a su yugo día por día; trabaja sin descanso desde el alba hasta la noche, y aun le parece poco. Es preciso halar al patrón para que le permita sudar o deslomarse una hora más, con lo cual aumentará la paga. Por lo demás, conviene halagarlo siempre, pues él es quien manita y puede aumentar o disminuir el salario que nadie le hable de huelga o reclamaciones. ¿Exponerse a perder algunos jornales y aun a que lo despidan? ¡De ninguna manera! El preferir conquistar la simpatía del amo, siendo dócil, trabajando con celo por los intereses de aquél. Al cabo será recompensado, y los demás, que se fastidien. Al llegar a su hogar este hombre, cambia de expresión y de gesto; de sumiso y servil término irascible y despoítico, y se desquita de todas las humillaciones, en la mujer y los hijos que a su juicio son sus esclavos naturales.

Por más que escudriñéis en su vida, no hallaréis en ella momento de expansión, de cordialidad o de amor. Siempre el mismo tono sombrío y la misma ambición torturadora: la de ser amo, explotar a los demás como lo explota a él, verse dueño de una gran fábrica y acumular el oro a montones; he ahí su ideal y su sueño. Por eso trabaja sin descanso y se priva de todo. «La economía es la base de la fortuna», y hay que ahorrar todo lo posible; luego, ya se desquitará...

Ved ahora otro ejemplar de la misma especie. Se trata de un rico industrial o un comerciante acaudalado. ¿Pensáis que por disponer de más medios, vive tranquilo y despreocupado? Todo lo contrario. Sus riquezas lo desvelan perpetuamente, su sed de oro aumenta en mayor proporción que sus riquezas y todos sus sentidos, su actividad e inteligencia, convergen a un solo punto: los negocios. Para este hombre no hay más valores que los que se cotizan en el mercado y solo sabe de compras y ventas, solo conoce el debe y haber, los hombres se dividen para él en deudores y acreedores. Desconfiar de todos y de todo es su eterna norma de conducta. En una palabra, este sujeto es uno de los seres más tristes y lamentables, un verdadero desheredado de la vida, a la que desconoce. Y sin embargo ¡cuántos infelices envidian su suerte y ocuparían con gusto su lugar!

Vamos por último otro tipo bien distinto de los anteriores. Se halla en la flor de la edad; en los veinte años plenitud de savia y desbordantes de optimismo. Su vida material hillase asegurada. No es esclavo del taller ni del escritorio. Rinde culto a la noble Minerva. Es un estudiante.

Por todas estas condiciones podría creerse que su espíritu no se halla embargado por las preocupaciones torpes y mezquinas que absorben al traficante avaro o al mísero explotado anhelante de explotar. Pero no es así, por desgracia. El virus que hoy todo lo envenena, también contaminó esa conciencia joven, y el que podría ser un denodado luchador por el bien, es ya un vil especulador como hay tantos. Sus actividades todas tienen por ahora a un solo objeto: conquistar el título, la patente de sabio oficial. Luego no habrá más que negociar de cualquier manera: por una dote, en el matrimonio, por una banca en la política, por un sitial cual-

NUESTRO EDITORIAL

El más grave cargo

Giremos la vista a nuestro alrededor: no encontraremos en la vida entera de las sociedades actuales, nada bello, nada grande, nada merecedor de ser tenido en cuenta como ejemplo de amor, o de virtud salvadora de toda dignidad.

Ayuno de valores relevantes, flaco de entusiasmos fecundadores, paupérrimo de nobles virilidades, el espectáculo que nos presenta el mundo, no puede ser más disolvente ni más desolador. Han pasado largamente los grandes tiempos en los cuales, a pesar de las muchas desgracias y los muchos males que los afligieron, aun se podía despertar a los seres a la acción, porque aun existía la vergüenza. Pero hoy ¿quién se apasiona por una causa más o menos alta, por un ideal de más o menos generosidad? Hoy no se mueve nadie sino por los más bajos intereses; nadie corre sino tras la satisfacción de los más groseros apetitos.

En el arte como en la política, en las letras como en la intimidad, la corrupción lo ha invadido todo de tal manera, que ya no queda un solo sitio digno, donde pueda el hombre íntegro poner sus plantas, alzar su tienda o abreviar su sed. Como el cochero aquél del angustioso cuento de Tehejov, ya no existe nadie a quien dirigirse para contarle nuestras esperanzas o para aliviar las penas que nos colman, porque nadie nos comprendería. ¿Tendremos, pues, como ese triste cochero a su caballo, que dirigirnos a las propias bestias, a los hermosos árboles o a las frías piedras?

Mirad en el amor, qué comedia más vil se representa. El más íntimo amigo, que abrió su corazón para mostrároslo cuando estaba a vuestro lado, o que, cuando estaba lejos, supo escribirnos cartas afectuosas a través de las cuales seguísteis viendo su bello corazón, os ha encontrado hace poco y no os ha reconocido. Es que se ha convertido en hombre práctico, y ya no puede sufrir la presencia de los románticos y de los soñadores.

La mujer que os amaba con ese santo fuego generoso de su primer amor, solicitada persistentemente por el espíritu utilitario del medio y de la época en que actuamos, ha comprendido al fin que la riqueza de los sentimientos no dá para un anillo relumbrante o unas medias de seda como aquellas que luce su vecina... Y os ha dicho una noche en que con más deseos le besabais la boca, la estrechabais contra vosotros y le hablabais de vuestro intenso amor, bajo el alero de su modesto rancho, os ha dicho, tan hermosa, tan suelta y tan tranquila: «¿con qué cuentas, además del cariño que me tienes?» Y luego, un día, para vosotros siempre inesperado, ha huido con el amante rico, o se ha casado con un doctor cualquiera, o acaso es prostituta, que es lo mismo.

Mirad en la política. De acuerdo con cuanto os han enseñado en las escuelas, sabéis que todos los que ocuparon los más elevados cargos y puestos públicos, fueron personas de verdadero mérito, de regular cultura, de virtud intachable o de recto carácter. Pero la realidad os convence de otra cosa distinta, pues en balde buscáis tales virtudes o tales respetables cualidades: no véis más que ignorantes, desvergonzados, cínicos y viles, que os aplastan o aspiran a aplastaros.

Mirad el periodismo, esperando encontrar en él las plumas castigadoras de los falsarios y de los corruptores, y sólo veis empresarios colaborando a la propagación y hegemonía de insectos semejantes.

En la literatura, así en prosa y en verso, no contempláis sino el triunfo de lo feo, de lo infeliz y lo degenerado.

En el trabajo, sólo halláis en vuestros compañeros de yugo y de pobreza, la abyección, el servilismo y la humildad tremante y pordiosera.

Y en la plaza, en fin, a donde habéis corrido a gritar vuestras indignaciones y a hablar de una justicia que pondrá remedio al mal que sufren todos, no percibís más que las caras bobas de los pocos transeúntes que se han detenido por un instante a contemplar vuestra figura de Cicerón airado, con visible conmiseración.

Nada es favorable a la salud moral de los seres, en esta sociedad en que vivimos, más y más sumergida en el marasmo. Todo es propicio a la cobardía, a la venta, a las simulaciones, a la traición y a las apostasías. Indudablemente, entre estas podredumbres, el optimismo siempre resultará una extraña flor.

Y este es el más grave cargo que podamos hacerle los anarquistas a la sociedad burguesa: que lo haya corrompido todo y que no haga más que añadir astillas a la hoguera, contribuyendo a extender mucho más la corrupción.

Pero este es también nuestro triunfo, el triunfo de la vida, la gloria de la salud que a través de todas las epidemias, por reacción propia, por sinergia vital, ha venido salvando en los mártires, en los apóstoles y en las individualidades de carácter, inmunizadas contra la contaminación, al atacado tronco de la especie, que un día se abrirá en amplias ramas de verdor eterno, para cobijar los bellos nidos que el generoso amor del universo habrá multiplicado para bien de todos.

quiera que permita engañar, explotar... y *hacer* dinero. Ningún impulso noble, ninguna idea generosa. Este hombre joven es una desolación viviente.

Individuos así que no conocieron un instante de sana expansión, que viven eternamente hostigados por su ambición insaciable, no pueden menos que producirnos la misma impresión de horror que ciertos animales repulsivos. Son los miserables engendros de un régimen tan infame como torpe, al que debemos combatir sin tregua para evitar que nos arrastre en sus innumerables engranajes que conducen todos a la infamia y la degradación.

JACOBO PRINSMAN.

El capataz

La sociedad burguesa, o mejor dicho, los burgueses han enmarañado de una manera tal el ambiente, que hasta se han sacado de encima el «trabajo», de vigilar a los trabajadores.

Para no tener ellos ese «trabajo» idearon el capataz. Este es, en términos generales, un tipo que nació sin dignidad, o que si nació con algo, lo perdió el día que aceptó el cargo de mando sin uniforme, para ejercer el mando como un sargento del escuadrón de seguridad.

¿Cómo puede un trabajador consciente de sus derechos, estar de acuerdo con este bicho que le muerde y le pateca a cada instante?

El enemigo más directo que tienen los que trabajan, es el falderillo éste; él es el que los maltrata en el trabajo, él es la sombra constante que persigue al obrero, él es el que hace de alcahuete, el que lleva al escritorio del patrón todos los chismes y cuentos que inventa él muchas veces, para desalojar a un obrero que por no estar conforme con el régimen actual, protesta.

Se ha tratado (pero inútilmente) en varios sindicatos, de armonizar lo inarmonizable: asociar a los capataces con los obreros. Aunque esto se lograra, no cambiaría por eso la función de autoridad que éstos ejercen, ni serían más buenos en el trabajo que lo son ahora.

Los más audaces y pillos, para caqueizar incautos se dicen ellos mismos capataces, pero no dicen si son compañeros de los burgueses o de los obreros; yo afirmo sin temor a equivocarme, que son amigos de los burgueses.

¿Cómo es posible que siendo compañeros míos oficien de mandones y defiendan con tanto ahínco al capital? Los hemos visto en el gremio de Albañiles (y así los hay en todos) ir de delegados al centro de constructores, (cueva de ladrones); venir a las asambleas haciendo ostentación de rebeldes, pero cuando los burgueses les tiraron con el hueso, cuando les dieron el puesto de milico sin uniforme, se acabaron las rebeldías, se acabaron las ideas, se convirtieron en perros de la peor calaña, tirando ellos mismos más que los propios burgueses.

El capataz es el hombre de dos caras, como una moneda antigua que había en España; en la calle o en la casa, parece hombre razonable, pero en el trabajo no se le oyen más que voces de autoridad, no se le siente decir otra cosa que: «trabaja, que hoy no se ha hecho nada, que si viene el patrón nos va a retar». Y así siempre. ¿Cuánta paciencia tienen los trabajadores!

Si éstos perros capataces tuvieran tanta conciencia como quieren aparentar tener, no harían de milicos en el trabajo; dejarían éste denigrante «oficio», para que los burgueses, que no hacen nada, se estuvieran como postes, parados ante los que trabajan, y así al menos, estarían expuestos a caerse de un andamio, o tropezar en un cascote y romperse las narices contra el suelo.

Si yo fuera capataz de los capataces, los ahorcaría a todos y después me ahorcaba yo para que no quedara rastro de semejante canalía.

El capataz es el látigo dispuesto a desgarrarse siempre sobre el que más se distingue como obrero consciente; él es el perro que muerde, él es el burro que más patea, él es el

que despidió al obrero, él, el que lo deja en la calle, y cuando lo ve sin trabajo, sin pan, y sin abrigo, se ríe, se vanagloria, y goza entre los in-
móviles, y dice: ¡Pasa a ese, por ser
alivo! Lo eché; que se emborre, así
aprende».

Conozco aquí un capataz que le di-
jo a un obrero que le pidió trabajo:
«mira, no se si podré hacer que en-
tres a trabajar, pero si llega a ir
conmigo, te advierto que dentro del
trabajo no hagas propaganda; fuera
de allí, puedes hacer lo que quieras,
pero por favor, no me comprometas».

Y pretende éste que así habló, pasar
por compañero consciente. ¡Oh, bur-
gueses, qué bien habéis estudiado
vuestra organización!

Pero lo más doloroso es que haya
trabajadores que sufran el latigazo
directo, y estén conformes, y que
cuando cobran el miserable jornal
que les pagan, los conviden a tomar
la copa juntos, y hasta hay quien los
convida a comer.

Burgueses, frailes, comerciantes, mi-
licos, capataces, porristas, patrones,
todos, yo os daré el mismo calificati-
vo, y os daré el mismo destino, quan-
do llegue el día de la liberación: ten-
dréis que pasar al museo de cosas in-
servibles, para que las generaciones
venideras sepan qué clase de parási-
tos nos tocó mantener a nosotros,
por tontos.

Y tú, obrero que soportas la carga
con resignación suicida, ¿hasta cuán-
do piensas aguantar esa carga? Espe-
ramos, esperamos siempre, verte sur-
gir rebelde contra todo y contra to-
dos, pero tú estás muy tranquilo,
aguardando que caiga de arriba tu
emancipación. Mas aguardas inútil-
mente, pues ella reside en ti. Mien-
tras no te saques del cerebro las
ideas ajenas que has heredado, se-
guirás esclavo, y el capataz seguirá
dándote latigazos, como el burgués
explotándote, los comerciantes ro-
bándote y los frailes engañándote.

J. GARCÍA.

Rosario, Marzo 23 de 1923.

El candidato a diputado

—Bueno, ya saben que mañana es
día de elecciones y que no tiene que
faltarme ninguno. ¡A no enfermarse
ni hacerse el chancho rengol! ¡Todos
a votar, a cumplir como buenos ar-
gentinos!... ¿Me han oído?

—Como no, patrón...

—Pierda cuidado...

—Lo que es yo... ya sabe patrón
que el pardo Flores es como hácido
de medida pa estas cosas. Habrá car-
ne con cuero, me imagino, ¿no?

—Habrá de eso y de todo, como
siempre... Está demás preguntarlo...

Y últimamente, aunque no hubiera
nada, hay que votar y basta.

—¡Ah! eso, ni qué hablar.

—¿Me lo va a decir a mí?

—Y a mí, ¿me lo va a decir? Y esta
guelta gustar mucho carrera... Yo
creo que coloraos entran sola, sí, sí.

—¿Que van a hacer esos pijoños?...
¡Hijos de una gran...! ¡ta por cual!

Demasiado han robado durante una
punta de años, y ya se pueden echar
nomás a dormir!

—Me lo va a decir a mí... ¡Si los
habrá filiao a los muy ladinos!

—Pero si esos, comparos con la
misma mier... coles (perdone patrón)
entuvia valen menos.

—¡Hum!... Son muy auteros...

—Así reventar todos esos cochinos,
gran pucha! A mí, vez pasada, ¡chan-
chos de porral! ¡lucrar pagar diez pe-
sos multa porque agarrar carro sin
faro! por el carretera.

—Déjenlos nomás, que ya se les van
a acabar las ínfulas a todos esos ras-
posos...

Así dialogaban en una espléndida
mañana del mes de marzo del año 1918,
reunidos en el corral grande de la
Estancia «La Gaviota», su patrón Don
Enrique Malcomia y sus peones. «Don
Enrique», como le llamaban todos,
era uno de esos hombres de carácter
impulsivo, desconsiderado y despota,
que nunca desperdiciaba la oportuni-
dad de ultrajar a sus semejantes, ni
dejar escapar la ocasión de tramplear
a media humanidad o de violarle la
mujer al peón que la tenga; como
del mismo modo saben fingirse man-
sos y afectuosos cuando las circuns-
tancias lo exigen.

Cuando el patrón terminaba las úl-
timas palabras del referido diálogo,
un mocetón como de unos 18 años,
desmontaba de un lindo «obscuro ta-
pado», junto a la tranquera del cor-
ral, y dirigiéndose a Don Enrique ha-
bló así, mientras ataba el animal a
un poste:

—Dicen los Pereyra, señor, que
ellos nada tienen que hacer y que
los deje en paz, que si el alambrao
está cáido es porque sus mismos
animales lo han golliáo.

—Está bien; ya se las verán con-
migo... ¿Qué se habrán creído esos
sarnosos!

Y mientras así decía Don Enrique,
se castigaba con la fusta las castas
de sus finas botas de charol. Y Bi-
biano, que así se llamaba el recién
venido, agregó:

—Además, me dijeron que ya están
canosos de tantas macanas, y que
si usted está ido de cabeza, que se
vaya pal manicomio.

—Y vos, guachol—gritó furibundo
Don Enrique—¿no supistes romperle
el alma? ¡Contéstal!

—Y... yo, patrón... ellos, sabe...

—Desgraciado! ¡Para eso sirven
ustedes: para dejar que cualquiera
me basuree a mis espaldas, como se
le dé la gana! ¡No tenés vergüenza!

Del momento actual

El apogeo de la barbarie.

Es una realidad que bajo ningún
concepto debe ser negada ni atenua-
da: el progreso social (la marcha de
la sociedad hacia un grado máximo
de libertad y bienestar), atraviesa ac-
tualmente por un período excepcio-
nalmente crítico y tenebroso; es una
hora de angustias, de zozobras y de
decalencias; el cuarto menguante de
las grandes aspiraciones de fraterni-
dad y justicia. Parece que toda la
energía creadora de la humanidad,
esa savia generosa que circula por
sus arterias renovándola incesante-
mente, haya dejado bruscamente de
correr, y todas las fuerzas negativas,
todas las morbosidades y epidemias
surgieran de un golpe a la superficie
apoderándose por entero del orga-
nismo social. Tal se nos presenta
ahora la humanidad, cual un cuerpo
enfemático cubierto de llagas y pústu-
las en horrible supuración.

Observad, sino, el panorama del
mundo. No hallaréis un solo rincón
donde no ostente su triunfo la tira-
nía más denigrante y monstruosa,
donde haya un límite para la ex-
plotación más despiadada, donde se
respeten los derechos humanos más
elementales.

Solo se ven por doquier látigos
implacables que caen sobre espaldas
encorvadas, insaciables vampiros que
absorben toda la linfa de sus vícti-
mas, genuflexiones abyectas de laca-
yos y caricias de infinidad de Judas
sin escrúpulos. ¿Queréis encontrar la
lealtad, la dignidad, el altruismo? Id
a los años de infección y de tortu-
ra, a los ergástulos de nuestra ci-
vilización burguesa. Allí los veréis
entre rejas y cargados de grilletes.

No cabe dudarlo. La iniquidad so-
cial alcanzó su máximo desarrollo; ha
llegado a un apogeo de barbarie y
corrupción, imponiendo a la huma-
nidad este dilema: renovarse o pe-
recer. A causa de esto, precisamente,
es que en vez de abatirnos nos regoci-
jamos sabiendo que la vida es eter-
na y que triunfará al cabo. La huma-
nidad será renovada.

Sacco y Vanzetti.

He aquí dos nombres que suenan
por el mundo como símbolos sonoros
de heroísmo, a la vez que señalan la
consumación de una infinita injusti-
cia, de un crimen sin nombre. Repre-
sentan por esto un caso característi-
co del momento actual: dos hombres
oscuros, dos hijos del pueblo, des-
tacándose del montón, se enfrentan
con la gran bestia estatal y capita-
lista, y la combaten. Tienen por ar-
ma la verdad y la justicia, por mó-
vil su lucha franca y leal.

Pero el monstruo despliega sus
tentáculos y los aprisiona; a pesar de
su poder, sólo emplea contra ellos
intrigas, falsedad y alevosía. Toda
la corrupción de la prostituida The-
mis queda bien de manifiesto.

Es así como estos denodados lu-
chadores se hallan entre rejas bajo
la obsesante tortura de una incerti-
tud atroz, entre la vida y la muerte.
Si bien en un principio un movi-
miento energético del pueblo evi-
tó que fueran carbonizados, hoy pa-
recen librados a su propia suerte,
con la horrible amenaza siempre pen-
diente. Ya enloquecen casi de desespera-
ción, ya resuelven morir por
hambre, pero el corazón de sus ver-
dugos no se conmueve ni se ablan-
da. Solo habrán de ceder ante la fuer-
za, ante el empuje arrrollador del
pueblo.

Y este, por cuya felicidad lucharon
los mártires, tardó demasiado en
obrar. ¿Se decidirá a tiempo?

¿Comprenderá su enorme respon-
sabilidad?

Wilkeson y Badaracco.

El caso de estos compañeros nues-
tros no es de los que menos recla-

[Tomá para que te acordés!]

Y su fusta cayó dos, tres veces so-
bre los lomos del pobre muchacho,
que apenas lo se atrevió a protestar:

—No me castigue, patrón!

[Que no te voy a castigar, gua-
cho, perro! (Y seguía azotándolo co-
mo a una bestia). Caminá, desensillá
ese animal y cebame mate!]

Bibio obedeció, pero en sus ojos
brilló un relámpago de ira: hubiera
fulminado al patrón en ese momento.

El patrón se alejó refunfuñando:—
¡Perros, guachos de porquería! Los
voy a matar a palos, hijos de una
gata por cuall!

Don Enrique era el tutor del mu-
chacho y por eso éste lo soportaba
tanto. Además, Don Enrique encabe-
zaba la lista de candidatos a diputa-

man nuestra atención, actividad y
valentía, como así del pueblo todo.
Es demasiado conocido el motivo que
lo hizo caer en las garras de la ley,
bajo el odio salvaje de la burguesía
y sus servidores.

Pero es preciso no olvidar, e impe-
dir que nadie olvide, la deuda ineluc-
dible que tenemos con esos bra-
vos amarrados. Cualquier acto de
venganza y brutalidad que con ellos
se cometa (y ya se cometieron algu-
nos) debe de inmediato repercutir en
nuestro ánimo y hacernos reaccionar
al instante.

La casta militarista desborda de
rabia y odio insatisfecho. Su primer
impulso fué el de tomar atroces re-
presalias sobre los trabajadores y
los anarquistas, por la eliminación
del sanguinario jefe, pero la aproba-
ción y entusiasmo unánimes del
pueblo, ante el gesto de Wilkeson, lo
hizo detener. Es lógico pensar enton-
ces que intentarán saciar en este y
Badaracco toda su rabiosa vesanía.

Y no resulta claro que estos serán
doblemente mártires, por nosotros y
por todo el pueblo? Hay que obrar,
pues, sin dilaciones, haciendo lo po-
sible por crear una corriente popular
bastante poderosa, que ponga un fre-
no a los crueles instintos de jueces y
soldados, y aun que los arranque de
sus garras. Es una deuda que no debe
quedarse insatisfecha, sin que hayamos
agotado todos nuestros recursos.

El proletariado.

Ved ahí a ese gigante que tanto
halagan hoy sus pretendidos reden-
tores, como lo apalea y estruja su
vida el proletariado. Y el título so-
porta con paciencia lo uno y lo otro.
Mientras que va dejando griones de
su cuerpo entre los implacables en-
granajes de una explotación inicua,
se ve obligado a soportar, en su vida
y en la tierra árida y empobrecida,
mientras crea, en fin, riquezas sin
cuento que se reparten los zánganos,
da vida al mismo tiempo a una tur-
ba de charlatanes que se disputan el
honor de conducirlo, cual a bestia
enrequecida.

Y allí están adjudicándose cada uno
la representación exclusiva del pro-
letariado, hablando todos en su nom-
bre y pretendiendo condicionar su
vida en el presente y en el futuro.
¡Cuántas recomendaciones y prome-
sas! ¡Cuánta adulación, sobre todo!
Sólo le piden una cosa a cambio de
su salvación: obediencia, disciplina.
En esto coinciden todos, socialistas,
sindicalistas, comunistas.

Y ¿qué hace el proletariado? ¿qué
es lo que piensa y cree? He aquí una
cuestión difícil de contestar, a me-
nos que se haga con las afirmacio-
nes de sus múltiples tutores, que le
atribuyen el pensamiento que a ellos
mismos conviene.

Pero hay algo que sabemos de se-
guro: el proletariado no hace nada;
es hoy víctima pasiva de todos los
engaños y expoliaciones. Esto es triste
pero es la verdad.

Nosotros.

La hora actual, con sus sus mon-
struosidades, infamias, claudicaciones
y vergüenzas de todo género, necesi-
ta de firmes voluntades, espíritus
rebeldes, audaces y luchadores que
impidan la cristalización definitiva
del mal. Nada puede esperarse de
los seres pasivos y acomodaticios,
ni mucho menos de los vanidosos
demagogos que atruenan el espacio
con sus huecas declamaciones. Hacen
falta savia juvenil, intrepidez, constan-
cia, y optimismo.

¿Y quién más que nosotros, jóve-
nes y anarquistas, debemos demos-
trar estas cualidades? A la obra, pues,
para ponerlas a prueba. Es la impe-
riosa necesidad del momento actual.

J. PRINCE.

dos por la tercera sección electoral),
y esto lo tenía preocupado y de mal
humor.

—Pero es mala enaña—articuló
uno de los peones, cuando el patrón
se hubo ido.

—Genio y figura hasta la sepultura,
sí, sí,—agregó el vaso.

—Pucha, dan ganas de dijuntarlo,
¡Dios me perdone!—repuso otro de
los peones. Y Don Crisanto, un viejo
que hablaba poco, mascullo medio
para él solo:—Pa eso el hombre tiene
plata y es candidato a diputado.

Y por sobre sus secos labios se
pasó una sonrisita que tenía mucho
de triste.

II

Ya de noche, se hallaban todos los
peones en el galpón tendiendo sus
recados como para «pegarle al ojo»,
cuando se apareció Don Enrique co-
mo un fantasma.

—¡A ver, Bibiano!

Por allá, por el fondo del galpón
avanzó el requerido diciendo:—Man-
de, Don Enrique.

—Montá a caballo y rápido te lar-
gás al destacamento y le entregas
esta carta al oficial Costa.

—Ta bien, patrón. (Recogió un cu-
ero, la «nana» y un par de riendas
y salió disparado con chijetazo).

—Y ustedes,—añadió el patrón di-
rigiéndose a los demás peones,—no
se vayan a descuidar ¿eh?... Ya sa-
ben que al rayar el día tenemos que
salir.

—Pierda cuidado...

—Así se hará...

Don Enrique se retiró.

—Pucha que es antojadizo el pa-
trón. Pobre muchacho, ¡qué galope!—
se le ocurrió a uno de los más cha-
chareros. Y aseguró el viejo Crisan-
to:—Pa eso el hombre tiene plata y
es candidato a diputado.

III

Eran poco más o menos las dos de
la mañana, cuando Bibiano entró, de
vuelta, al galpón. El viejo Crisanto
estaba todavía despierto, y cuando
Bibiano se disponía a echarse sobre
los cueros, el viejo le habló muy bajo:

—¿Ya estás de guelta, muchacho?

—Ya...

—Mirá, vení, atracate. Vamos a con-
versar.

Medio se incorporó, acodándose en
los bastos que tenía de cabecera, y
prosiguió:—Atracate, que se me ha
ocurrido algo del mismo diablo.

Bibiano sin decir palabra se acercó
al viejo y escuchó.

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y
pronto nomás no quedará de mí ni
el recuerdo, conque aténdelo lo que
vía a decirte, pero prométeme que
después del rifato vas a montar a
caballo y te vas a dir pa nuestros
campos, ¿me oís?

A salto de mata

Mendoza.

—¡De vuelta a los adobes!—nos dijo, cuando el carrozno de hierro, silbó, nervioso, anunciando la llegada. Pero no, la campaña verde-guea ya, se puebla de vides y de higuera; una sonrisa de vida ilumina la pradera, que se reclina en las serranías, escarpadas y espinosas, en la pradera del Ande próximo.

Ya las acequias rumbearon a nuestro paso; aroma de flores y voces amigas nos llegan del bosque cercano; frescura y serenidad nos brindan las cumbres, solemnes a las primeras caricias de la nieve.

Mendoza es la ciudad de los niños. Un jardín riante, como una esperanza, entre los campos yertos y las montañas pétreas. Con todo, no nos ilusiona. Hay en ella rancheríos, frío y miseria para los pobres, palacios, calor de estufa y hartura, para los indolentes; inmundas bodegas, pesadas fábricas, cultivos de doloroso sacrificio, para los productores y casas de leyes, de banca, de juego y de lujuria, para los ociosos; impunidad en el asalto, absolución en el crimen, libertinaje en el desenfreno, para los poderosos y sus adláteres, cuarteles, pismo y cárcel, para los libertarios.

No nos ilusionamos pues. Nada que amamante la burguesía, nos ilusione; pero sí, tenemos una gran esperanza. Fe en nuestra obra, fe en la de nuestros compañeros, fe en todos los hombres, a quienes el ideal anarquista salvará del servilismo, la esclavitud y el vicio.

Mendoza, jardín riante, de flores, agua y exuberancia, te saludo en este alto de mis andanzas, como a un amigo desconocido hallado en una encrucijada, y saludo también a tus hombres, tus mujeres y tus niños, que en esta hora de la humanidad comparten nuestros esfuerzos y nuestras esperanzas.

Ahora, pues, a trabajar.
¡Salud y anarquía, entonces!

Ahorantes.

Hay en estos pagos más plumíferos que personas. ¡Rediez, con los melencidos! Langosta, temible... en la bullanga de café. Hombres graves... en el momento de la adición. Mendoza destila charla rimbombante de periodistas y su prensa hueca nos resulta un moscardón insistente, molesto, que saca el cuerpo al primer manotazo. Flojitos, no sirven más que para tirar cuchilladas al aire y se entregan al primer postor en sus veleidades materialistas de invertidos del pensamiento.

Ahora están de parabenos, tirando al aire los mugrientos chambegos y viviendo la «performance» de Firpo, como deshaciéndose en lengüetecitos para el manduquero máximo de las letras, Don Leopoldo, el huesped aprovechado de los Trapiche y demás indies.

—En cebándose, riome yo de la gente. Y ahí están, los muy pijoños, silenciando los más bajos crímenes, mintiendo como el más ruin, los muy prostitutos.

Bohemiones, los periodistas nuestros... ¡Ja, ja. Manduqueros. ¡Ahorantes!

Los agraviados.

El ciudadano Don Mario Bravo,

también se largó a «revolucionar» estos pagos y de entrada inauguró sus tremendos «discursos», con un opiparo almuerzo con los jefes del ejército patrio, los mismos de Santa Cruz y de todas las horas trágicas del proletariado. Pero ¡oh, dolor! se boicó el hombre, y ahí nomás se largó a decir que el pueblo mendocino era un compuesto de borrachos, degenerados y tuberculosos. Más le valiera haber callado. La turba brinco, al sentir las espuelas en los flancos, y la pandilla política batió a toda máquina, el estribillo del agravio. Y un buen día, cuando nosotros paseábamos tranquilamente bajo las arboledas amigas, el malón se descolgó por la ciudad y tras el cintarajo de la patria — la de ellos — los «curados», trasudando «alpiste», babosos, este-reotipado en sus carnes arruinadas, la degeneración, pálidos, sin voz en sus pulmones desechos por el vicio y el trabajo, se largaron a blasfemar contra el movimiento, el diputado de la patria — el político que posiblemente, por primera vez en su turbia vida de mendicante de votos, cayó en la equivocación de desnudar la verdad ante el pueblo.

Con todo, —pensábamos nosotros—, este sucio ha sido por un segundo y por equivocación, un hombre decente. La verdad hiriente, desnuda, no debía de macularla nunca tal cenador. Sólo los anarquistas tienen derecho a ser abofeteados y morir por ella...

La voz de la turba se perdía en las sombras en avance. —¡Viva el gauchito! ¡Viva!

¡Viva el gauchito!

Grito trágico, símbolo de los tiempos que se van.

Los pobres diablos, como los grandes pillos, se babosean con su noble decencia la vista, en su contemplación.

—¡Eh, amigo! ¿Por qué rompe el cartel del gauchito?

—¿Y por qué mierda, ensucian los carteles obreros, chino sonso?

—Es que son de panchos los nuestros, ¿no qué se cree?

No hay razón con esta gente guasa, idiotizada con un pillo muerto.

—¿Qué, qué? ¿Que el gauchito ha muerto? Mentiras de los demócratas.

Y las turbas bocachas, degeneradas, tuberculosas, bravean en la impunidad del poder.

¡Viva el gauchito... ¡Viva Lencinas!

Pacheco en Mendoza.

Nos vino a traer su voz amiga, a unir sus esperanzas a nuestras esperanzas, a darnos una mano.

Diciéndos, en que flameó el verbo anarquista, como nunca. Obra nuestra, es la de semillar eternamente el surco; cuando una mano amiga se une a la nuestra para roturar la tierra y preñarla de gérmenes, nos llega la satisfacción.

El trabajo voluntario, realizado en el acarriamiento con el ideal, ha de traducirse tarde o temprano en riqueza: fruto sazonado, cosecha ubérrima.

La jornada realizada es de esas.

Salud, entonces, Pacheco, y hasta la vuelta.

José M. LUNAZZI.

24 quincena de Marzo.

Y los ojos de Bibiano eran como dos brasas. Su rostro tomó un extraño color indefinible. Sus labios se contrajeron en una mueca terrible. Sus dedos, como pico de cuervo, parecían querer despedazar la lonja de su rebenque. Y repetía ahogándose de rabia y de dolor: —¡Ricién, ricién, ricién!

—¡Güeno, ya lo sabés. Y aúta, montá a caballo, y sin dar güelta la cara pa estos campos disgraciados, andate y no volvá más.

—¡Sí, viejo, sí!

Salto Bibiano como un resorte. Recogió su recado y después de mirar a Don Crisanto como agradeciéndole, sin hablar nada echó a andar, dejando oír un sollozo fuerte, que más pareció el rugido de una fiera herida. Don Crisanto lo miró alejarse, y luego de permanecer un momento en la misma postura que adoptara al comenzar su relato, fué dejándose caer suavemente sobre el recado, prisionero del sueño.

IV

Punteaba el alba, cuando ya los peones de «La Gaviota», todos con sus pingos ensalados, aguardaban al patrón que los llevaría al pueblo «a votar». El alarido de Don Enrique, apurado como ninguno, hacía sonar la coscoja, y de vez en cuando lanzaba un relincho como llamando al linete. Este demoraba ya demasiado. El viejo Crisanto se dirigió entonces al cuarto del patrón, a recordarlo. Lo halló abierto. Llamó repetidas veces, y como no obtuviera respuesta, se coló en él, sin permiso, encontrándose con el cuerpo de Don Enrique tendido en el suelo en medio de un charco de sangre. En vano buscó por todo el cuarto la cabeza del patrón: no pudo hallarla. Abrió entonces la ventana que daba al sol y extendió la mirada al campo, buscando a Bibiano. Pero no; Bibiano ya no estaba más con ellos... Se había ido para no volver nunca, sin doblar la cara hacia los campos «disgraciados» que dejaba a sus espaldas...

FRANCISCO A. GRECO.

LA EVOLUCION SOCIAL

Conclusión.

II. LA REVOLUCION

Hasta el momento de la revolución, el desequilibrio iba en crescendo; desde ese momento se marcha hacia el equilibrio. No hay una reintegración en manera alguna del equilibrio antecedente. Las fuerzas se han transformado; siempre existen las cuatro, en síntesis, que hemos mencionado, pero esas fuerzas son distintas; luego, deben producir un equilibrio por su neutralización, pero un equilibrio distinto del antecedente en caso contrario, es decir, si hubiera desintegración y reintegración sucesiva, no habría progreso.

Es necesario notar que en la desintegración hay integración, es decir, que se realizan dos integraciones en pugna.

En síntesis: 1. La integración genésica normal es superior a la supergenésica (evolución); 2. La integración genésica normal y la supergenésica tienen el mismo valor (revolución) y 3. La integración «super-genésica» es superior a la genésica normal antecedente y comienza a constituir en sí una integración genésica normal (crystalización).

Se pueden hacer a este modo de juzgar las cosas, dos objeciones fundamentales: 1. ¿Cómo conciliar la proposición de que en la revolución las dos integraciones tienen el mismo valor, con el hecho de que en esta existen las «minorías revolucionarias»? y 2. ¿Dos fuerzas de igual dirección y de sentido contrario, de las cuales una crece constantemente (super-genésica), y la otra decrece sin cesar (genésica normal) están en desequilibrio creciente; ahora bien, la fuerza super-genésica sigue creciendo constantemente, aun después de la revolución, ¿cómo pues, después de la revolución se va hacia el equilibrio en un desequilibrio decreciente?

Los dos hechos, de las «minorías revolucionarias», y del creciente equilibrio post-revolucionario, son reales y no están en contradicción con la teoría expuesta.

He dicho que en el período «revolucionario» las dos fuerzas que principalmente actúan (genésica normal y super-genésica) tienen el mismo valor. Implica esto que el número de individuos que las representan debe ser igual, siendo igual el valor de las dos fuerzas? No; la «minoría revolucionaria» no significa la «minoría energética». La primera objeción no tiene valor.

He dicho que la fuerza super-genésica es creciente aun en el período

post-revolucionario. ¿Es esto cierto? Evidentemente no. Esta es una proposición inexacta cuya inexactitud deriva de una limitación del lenguaje. En efecto, en el período post-revolucionario, la fuerza que en el período de evolución era super-genésica con relación a la genésica normal, deja de serlo. Producida la revolución todas las fuerzas «descienden»; es que con la revolución nace un nuevo plano de referencia superior al antecedente y al levantarse el sistema de referencia bajan los sistemas referidos. Es así que la fuerza super-genésica descendiendo a genésica normal y la genésica normal del equilibrio antecedente descendiendo a hipogenésica en el mismo grado.

Además de la pre-revolución (evolución, desequilibrio creciente) y del período siguiente (revolución), existe un tercer momento que he denominado post-revolución («crystalización»); esta es una fase de equilibrio creciente (período de sanción).

La fuerza super-genésica, fuerza de movimiento en la pre-revolución, en la revolución se convierte casi totalmente en fuerza de reposo, que va creciendo en el período de post-revolución (período de crystalización o de sanción) siendo fuerza genésica normal por el proceso de «descenso»

ya mencionado, al mismo tiempo que crece, pero en menor proporción, una nueva fuerza super-genésica y se inicia un nuevo período de evolución.

Todas las instituciones caen con la revolución y comienzan a nacer otras en la post-revolución que sancionan la nueva mentalidad colectiva que crystaliza así en instituciones (período de crystalización).

Vemos así destruida la corriente teoría de la revolución que consideraba a esta como un «movimiento»; precisamente es todo lo contrario nuestra teoría. La revolución no solo no consiste en un «movimiento», sino que, todo lo contrario, consiste en la transformación casi total de la fuerza de movimiento (fuerza super-genésica) en la fuerza de reposo (fuerza genésica normal) y es el momento que separa el punto culminante de un proceso de desequilibrio creciente (evolución), del comienzo de un proceso de equilibrio creciente (crystalización).

III. EL SOCIO-PSIQUISMO EN LA HISTORIA

Hemos examinado una mentalidad colectiva que ha sido guiada en su constitución (integración) y en su destrucción (desintegración) haciendo

mención y estudio de los factores principales que cooperan a su nacimiento (generalización post-revolucionaria de la fuerza que en el período pre-revolucionario denominamos super-genésica) y a su muerte (genio y generalización pre-revolucionaria de la fuerza super-genésica).

Es necesario estudiar ahora la evolución histórica del psiquismo, no ya de un socio-psiquismo sino del psiquismo humano en su integridad.

Un psiquismo social no constituye sino un momento en la transformación psíquica de la humanidad; involucra «un» noo, «un» timo y «un» praxi-psiquismo pero, para estudiar la evolución histórica «del» psiquismo es necesario examinar genéticamente en el «sentido de la historia», la evolución de la «inteligencia», de la sensibilidad y de la «voluntad» humanas.

Es fácil llegar a compenetrarse de la trascendencia del problema: se trata de plantear y resolver la cuestión del «sentido de la historia»; uno de los problemas capitales de la historiografía.

Toda historia supone una historiografía y toda historiografía una historia, de la misma manera que la cosmografía, la cosmología y la cosmogonía, integran tres disciplinas científicas filosóficas en secuencia lógica y cronológica. Esto es verdad si aplicamos el método inductivo. No creo que el método inductivo sea el científico, pues la ciencia aplica leyes con aplicación, por el hecho de ser aplicación constituye un procedimiento deductivo; el método deductivo usado en la forma en que lo hace la ciencia, constituye un procedimiento exacto. Así, y practicando la tal metodología, es como podemos hacer historiografía sin hacer previamente historiografía e historia, aun cuando las conclusiones a que arribemos quedan pendientes del juicio de las disciplinas científicas últimamente mencionadas.

«La ontogenia», ha escrito Haeckel, es una recapitulación abreviada de la filogenia» y ha hablado de los tan cuestionados caracteres palingenéticos y cenogénéticos que bien podrían salvar la situación cuando fantaseaba en la aplicación concreta de su proposición legal.

No quiero discutir sobre el valor o carencia de valor de su ley (biogénica fundamental, Haeckel) ni quiero recordar las críticas que le han hecho sus pares eminentes (De Vries, Hutton, Huxley, J. Oppel, Kiebel), ni tampoco indagar si sus investigaciones «ont» ni grande valeur, ni grande originalité, según se expresaba Minot (Branca «Embryologie»); me limito a indicar que la ley «biogénica fundamental», posiblemente tenga valor como ley, y que, como «todas» las leyes científicas debe «acomodarse» a los casos particulares, significando que la tal ley es cierta siempre que no la queramos aplicar «estrictamente» a casos concretos y que tengamos en cuenta factores como el de los desenvolvimientos condensados, según piensa W. B. Scott («La teoría de la evolución»). Es así, y aplicando las verdades de la psicología genética, en especial, de la psicología ontogénica, y la ley biogénica fundamental, que podemos hablar del «sentido de la historia» y dar como proposiciones legales en historiografía, a las leyes que rigen en la evolución ontogénica.

El psiquismo humano, en conjunto, y los elementos que lo integran (freno, estésio y praxi-psiquismo), evoluciona con sujeción a las leyes fundamentales de Spencer, es decir, que realiza un proceso de heterogéneización, de diferenciación y de integración crecientes.

Si estáticamente existe una proporcionalidad inversa entre las masas afectiva, gnósica y volitiva en cada psico-estado (relación cuantitativa) y una relación cualitativa directamente proporcional, dinámicamente, vale decir, en la evolución histórica del psiquismo, existe una proporcionalidad directa entre el «desenvolvimiento» (heterogéneización, diferenciación e integración) gnósico, estésico y volicional.

Particularizando, diremos que desde el punto de vista del timo-psiquismo (masa afectiva) se marcha hacia los psico-estados con predominancia afectiva con escasos concomitantes «fisiocómicos»; desde el punto de vista del freno-psiquismo, podemos decir que se realiza un proceso hacia una abstracción creciente y, considerando la evolución volitiva de la humanidad, podemos decir que se marcha hacia una mentalidad más alta por la vida: he ahí el «sentido de la historia».

IV. EL PORVENIR

Las leyes que han regido la evolución histórica hasta el presente, las

podemos lógicamente aplicar a la evolución histórica futura. ¿Cuáles son las consecuencias de tal aplicación? La afirmación de que la sociedad del porvenir constituirá un sistema ampliamente integrado (comunismo) con una alta diferenciación intra e inter-individual (individualismo).

La evolución del socio-psiquismo, según la ley biogenética fundamental es la misma, fundamentalmente, que la del onto-psiquismo; si es así, la mentalidad colectiva sigue el proceso histórico constante hacia mayor multiplicidad y hacia mayor unidad (Hofding) pues en esto consiste la evolución psico-ontogenética.

La decreciente lucha por la vida (Ingenieros, La simulación en la lucha por la vida) nos lleva sin duda a un comunismo económico y a un individualismo ético.

Benditas sean las verdades científicas que nos prometen una edad súbita, benditas sean los proféticos lirismos del idealismo que vislumbraron, a través de las brumas del tiempo, las eras que vendrán!

Puso Séneca en boca del Coro de su «Medea» la profecía que llevara Colón grabada en su pensamiento, y que podría haber izado a manera de pabellón de esperanza sobre el palo mayor de su carabela: «Llegará un tiempo, en el camino que los siglos sigan...», decía el poeta.

El examen está realizado, hecha la deliberación, nuestra decisión tomada; sólo falta realizar nuestro ideal apoyado por la ciencia, sublimado por nuestra esperanza. Fuera cobardía, ruindad, degeneración, volver la espalda a lo que ama nuestra alma y postula nuestro pensamiento. Fuera absurdo calculismo ruin, enfermo de villanía, saturado de encarnallamiento, renunciar al porvenir arrojándolo a las llamas en holocausto del presente. Fuera escribir con nuestros actos una nueva página negra en la historia de los hombres.

Solo podemos levantarnos sobre la mediocridad contemporánea, y como aquí vidente, erguido sobre las crestas de las olas, vislumbraba ignotas tierras, profetizar el porvenir.

Pensemos más alto, sintamos más hondo, marchemos más lejos que lo que lo han hecho los hombres desde que se levantaron sobre las riberas del Nilo las atropetadas pirámides de Egipto, y, más aun desde que comenzaron las peregrinaciones dolientes de la humanidad, a la sombra de las selvas, bajo el palio del cielo, con la frente bronceada por el sol.

AD. C. LÉRTORA.

La Plata, Febrero 10 1923.

Contra los tiranos

Acostumbrados a los crímenes y violencias y a todos los horrores emanados de este inhumano sistema de explotación y opresión, de prepotencia y prepotencia de la fuerza bruta, rodeados de fieras tiránicas que acechan todo movimiento nuestro para aniquilar sin piedad al que se atreva a rebelarse o a propagar la rebelión, venimos acordados: cómo se cometen diariamente, en todas partes, terribles atropellos, sin que nos atrevamos a protestar, sin que seamos capaces de una acción eficaz, para contrarrestar la turba homicida y represiva de los lobos insaciables de sangre obrera.

Vemos en Italia cómo las hordas salvajes de Mussolini, destruyen, incendian, matan y violan, todo lo que es contrario a su nacionalismo incontinente y bestial que pretende perpetuar los privilegios de la casta burguesa la que, presintiendo su próximo fin, se aferra desesperadamente a la violencia asesina, para poder seguir disfrutando de una vida erupción y viscosa, de lujo y corrupción.

En España, la burguesía que asesinó a Ferrer, emplea los mismos medios violentos y criminales, para impedir el advenimiento del comunismo, cuya idea va encarnándose fuertemente en el proletariado español.

También allí innumerables compañeros han caído asesinados por los «libres» y por los perros asquerosos de la guardia civil. Caían, acerbillados en las sombras de la noche, lavando con su generosa sangre, las duras piedras de las calles.

Con el pretexto de la fuga, eran eliminados por las balas traicioneras, los mejores y más activos camaradas.

Y nosotros, impasibles! Fríos y atontados, hemos sabido de esos horrores y los hemos tolerado sin protestar. Hemos sabido que los obreros sospechosos para la tranquilidad de la traidora burguesía, eran conducidos por las carreteras en largas y dolorosas peregrinaciones, a su pueblo natal, para una vez allí, ser vigilados y encarcelados nuevamente.

Todos esos atropellos, se han cometido sin que nuestra conciencia revolucionaria nos empujara a accionar activamente, sin que nuestra solidaridad se manifestara de una manera elocuente y decisiva.

También aquí en esta «libre» república, se explota a los obreros y se les asesina cuando resisten a dejarse explotar. También aquí la clase obrera ha sufrido vandálicos atropellos y sangrientas represiones. La degollina de la semana de enero y Santa Cruz, lo atestiguan.

En los dos casos, el crimen fué premeditado. Querían aniquilar los hombres y las ideas revolucionarias, porque veían atemorizados, el despertar de la clase obrera. Recordemos siempre a esos millares de hermanos explotados, que fueron sacrificados ferocemente, al monstruo capitalista.

Pero no solamente se cometen injusticias en las naciones capitalistas, sino que también en Rusia, en la Rusia de Lenin y Trozki, donde existe el «comunismo» y un gobierno obrero, se encarcela, se mata y se destierra, a los que no se someten al partido bolchevique que gobierna despoticamente, imponiendo la dictadura del proletario, que no es del proletario sino del flamante partido comunista.

Y no solamente son tiranos y bárbaros los nuevos gobernantes del pueblo ruso, no solamente emplean la fuerza bruta para oprimir. Emplean también una arma temible, un arma marxista: la calumnia.

Si todos los que se oponen al gobierno de estos jesuitas ambiciosos y rastrosos, son difamados y calumniados. Así han podido eliminar a muchos revolucionarios que permanecieron consecuentes con las ideas anarquistas. Millares de anarquistas y de hombres de otras tendencias han sido víctimas de la intriga y la calumnia y del furor reaccionario de los tiranos más cínicos y mentirosos que ha habido en la historia de los pueblos.

¿No conocemos nosotros los inmensos y dolorosos sacrificios que realizaron nuestros camaradas en la lucha difícil que tuvieron que sostener para abatir al zarismo? ¿O es que queremos con nuestro silencio justificar esos crímenes? Hora es ya que protestemos energicamente, de los atropellos que los dictadores rojos cometen contra los anarquistas.

Sabemos que el gobierno bolchevique quiere cometer un nuevo crimen. Quieren conseguir la extradición de Héctor Makno, para fusilarlo.

Motivos? Desconocer y oponerse a la dictadura del partido comunista. Debemos oponernos a que el gobierno de Polonia entregue a nuestro compañero a los tiranuelos de Moscú. Más todavía, debemos exigir al gobierno polaco la libertad del citado camarada, pues sabemos que en la actualidad está encarcelado en Varsovia.

Debemos pues emprender una campaña de agitación, para que sean libertados los camaradas que están sufriendo en las cárceles de Rusia por el único delito de haber propagado y defendido la anarquía.

REMEMBER R.

Buenos Aires.

De la vida linyeril

San Juan Bautista

Cuando llegué al puente, sofocado y con los pies llagados, arrojé mi mono al suelo y me seguí la frente, maldiciendo a los culpables de tan miserable existencia.

Miré en mi redor en busca de alguien, porque los puentes son casas siempre ocupadas, nunca faltan inquilinos, y me encontré con un animal que parecía hombre: vestía arpillera. Cabellos largos, negros y enmarañados como un matorral; barba desgredada; cual una rama arrastrada por el lodo; piel que pedía jabón y cepillo a gritos, sellada con largos años de sol ardiente y vientos ajantes. ¡Salud!

Acostado boca abajo, leía «Los Vagabundos» de Gorki. No levanté la vista ni contesté a mi salutación, como si no hubiera notado mi presencia. Padecía de una tranquilidad impenetrable. Yo me inquieté por tal desprecio. Ya lo iba a increpar, requiriéndole más atención, cuando cerró el libro lentamente y dijo, sin mirarme siquiera: «Tenía interés en terminar el capítulo. Anduve mucho sin leer. Y tanto filosofar a solas, puede hacerme mal. Leyendo se descansa. Ahora he descansado».

Invitélo a comer. Traía media galleta dura como una tosca y unos fiambreros. El no había comido, pero no tenía apetito tampoco. Mate no tomaba.

«Esto si que es raro! —me dije. ¡Si el mate es toda la vida del linyeril! Desde el puente caíanle gotas de

agua en las piernas. Estaba empapado, pero no lo hubiera advertido si no le llamo la atención sobre ello. Se estaría dos horas mojándose. Sin decir más, se arrastró un poco hacia adelante. Luego protestó de la construcción de los puentes. — En cualquier dirección que estén trazados hay corrientes de aire perjudiciales para la salud».

El no trabajaba. «La naturaleza —decía él— brindaba a manos llenas toda clase de alimentos. Basta conocerlos. Hay que ser totalmente degenerado para servir de herramienta de producción sin usufructuarla y aun así. Tampoco es posible gozar de salud agotando las fuerzas. El hombre debe trabajar solamente en lo necesario a su sostenimiento y procreación».

En mi ingenuidad de neófito, pregunté si siempre andaba así.

—¿Cómo así?

—Hombre, sin domicilio... Hizo una mueca que decía: ¡qué ignorante eres! ¡qué tonto eres!

Efectivamente: no me había percatado aun de que yo tampoco tenía domicilio y que miles y millones de hombres carecen de un nido donde amar y cantar. La educación estatal me había atollado tanto, que creí a todo el mundo con domicilio... y hoy estoy convencido de que son muchos miles los hombres que desconocen en absoluto este fenómeno social, urbano y rural.

«El tenía por domicilio el palacio más grandioso imaginable, en cuyo techo estaban engarzadas las piedras más preciosas del universo»...

Éra tan magnífica su tranquilidad, tan bella su quietud y despreocupación, que causaba envidia. Estaba ajeno a todo lo artificioso, creado por los hombres. Conocía la naturaleza profundamente, y su sabiduría en botánica me dejó atónito.

Yo rabiaba. Un atorante. Un sabio. Una integridad cabal que no se relaciona con los de su mismo género.

«Viajaba de norte a sur y viceversa. Ahora había llegado muy al sur: Chivilcoy. Era otoño; caminaba hacia el norte, y en primavera hacia el sur. Del Paraguay a Bs. Aires, para vivir siempre en clima templado».

Aun no me había mirado. Yo anhelaba ver el brillo de sus ojos. Debían tener un carácter extraño, encerrar un misterio. Pero no logré mirarlo.

La armonía infinita, tan magnificante en la inmensidad estelar, estaba también en esa alma, mecida por la quietud del mar y el viento del sur.

Después se durmió como un niño. Quería hablarle de nuestro ideal, de la anarquía; pero me asombró ese salvaje, ese sabio. Era muy superior a nosotros en punto a desprejuiciamiento. Me daba rabia su indiferencia por los esclavizados al prejuicio autoritario.

Al refrescar la tarde, echó sus arpilleras a media espalda y me dijo que «se iba al Paraguay (como si quedara a la vuelta de la esquina), que ya había llegado muy al sur».

Eché la vista adelante y caminé... sin decirme: «si te he visto no me acuerdo».

Quedé sólo. En medio de esas inmensidades uno cree ser el único habitante del universo. Pero ese hombre, ese hombre Juan Bautista bibliotecario, era el hombre más libre que he hallado; y su silueta y pensamientos me persiguieron por mucho tiempo.

J. E. STIERKEN.

Pico, Marzo 1923.

Administrativas

Recibimos las siguientes cantidades:

Avellaneda.—Sub Comité «La Antorchita» 6.00.

Armstrong.—J. Giudici 4.00 y 0.40 para «Por el amor» lo demás por rías fué entregado al Comité Pro Presos.

Berrotarán.—C. Grosati 1.00.

Berisso.—G. Broncano 2.00, J. Canosa 1.00, A. Martínez 3.00, J. Noya 1.00.

Bs. Aires.—C. Astorino 1.00, F. Farragasso 2.00, M. Sanchez 1.00, por int. de «La Antorchita». A. Mascaro 4.00 por idem.

Colonias Castex.—C. Sola 5.40, por int. de «La Antorchita»; lo demás entregado al Comité Pro Presos.

Cineo Salto.—Cañadas 2.40 por int. de «La Protesta».

Ensenada.—Lajoveskin 0.50.

Ingeniero Luiggi.—M. Sanz 1.20.

La Plata.—S. O. Mosaístas 10.00, A. Dukelsky 1.00, Balbuena 1.00, P. Lunazzi 0.20 de «Por el amor», Baich 0.20, V. Barrio 1.00, A. Imperial 1.00, J. Bennassar 1.00, J. Prinsman 0.20, F. Maffei 0.40, D. Marcolva 1.00, A. Sambatolomeo 1.00, A. Gelman 1.00, Rotger 1.00, alemán 1.00, F. Nisti 0.60, S. Feldman 0.40, Kirilos 1.00, P. Canzullo 1.00, A. Chichetto 2.00, A. Gonnino 0.65, M. Rivero 1.00.

Lomas.—A. Salgueiro 0.40.

Las Rosas.—E. G. Vilches 1.00,

y H. Gomez 2.00 recibidos por int. de «La Protesta».

La Violeta.—A. Parracías 1.50.

Mendoza.—Lunazzi 10.00 por int. de «La Antorchita» y 4.50 directos.

Nuevo de Julio.—Alfonso Cortegoso 3.00, S. Oliver 2.00, J. Bello 1.00, Smirnova 1.00, A. Castro 1.00.

Olavarría.—C. Vidal 5.00.

Santa Lucía.—J. Cordero 2.00, por int. de «La Protesta».

Villa Mercedes (San Luis).—A. Funes 5.00.

Total de entradas \$101.95

Salidas.—Impresión de este número (2100 ejemplares) 88.00. Franqueo, correspondencia, encomiendas 10.00. Total 98.00.

Saldo anterior \$34.23. Entradas 101.95. Suma 136.18. Salidas 98.00. Para el siguiente número 38.18.

CORREO DE IDEAS.

Regino Serrano.—*Grat. Madariaga.* Obra todavía en nuestro poder el artículo-denuncia de José Pérez, en el que se dice que José Eijo y Heracio Rebollar creen necesaria la guerra burguesa y en el que se acusa a Vd. de haberse quedado con los fondos y libros del Sub Comité Pro Presos de ahí, como asimismo de su próximo matrimonio civil y religioso. Si todo eso no es más que una mentira, si «José Pérez» no es más que un nombre que oculta a un hombre calumniador, sírvale estas líneas, de desmentido. Pero por favor, camarada, no vengan aquí, a estas páginas, a dirimir la cuestión de referencia, cuando tan fácil y mucho más rápido les sería arreglarla allí, entre Vds. mano a mano, en una reunión de compañeros. A disposición de Vd. entonces, el artículo-denuncia mencionado si lo necesitan.

P. D. Fusco.—*Grat. Pinto.* Contra un individuo como ese, atorado de cargos, que no levanta uno solo y es además tan infeliz que no sabe otra cosa que publicar las cartitas adulonas que le envían o que él fragua, y hacer chistes deslizados como el ateísmo, el revolucionarismo, etc., de cualquier proclamará liberal, contra un tipo de tan bajísima estofa como es ese, nada más hay que escribir, camarada. Y si como Vd. dice, «los ingenuos le creen», aun después de haberles demostrado que su idolo no es más que un vulgar ladrón, ¿qué hemos de hacerle? Lleno está el mundo de imbéciles que creen en las virtudes de los deshonestos. Déjelo, pues, que siga «vomitando sus sandeces en «El Peludo», como Vd. bien se expresa. Contra ellas no habría que oponer sino una buena pateadura, y para esto, el insecto en cuestión se halla muy lejos de Vd. y de nosotros. Que coma su puchero, que siga adoptando posturas de maldito a salario, que continúe fraguando o pidiendo cartas y telegramas de «ofa», que exprima su flaco magín de avenegra para hacerle producir los chistes más o menos lunfardos en los que muestra sus antecedentes de milico y policía; con todo eso, y mientras no levante los cargos que se le han hecho, solo conseguirá probar al buen entendido, que es un caldo en uso y abuso de su derecho al pataleo.

Comité de agitación por la libertad de Kurt Wilekens.—*Bs. Aires.* Es un manifiesto muy largo el de vosotros, compañeros, para un periódico tan pequeño como es este; además, no añade nada a cuanto al respecto se ha dicho aquí y en tantas otras publicaciones anarquistas y obreras. Por otra parte, las siguientes palabras: «Este Comité asume la responsabilidad del presente y del futuro. Y estas «convenciones» nosotros del fin que espera a nuestro camarada nos aprestamos a desafiar a todos los fueros judiciales representados por magistrados y mandones, declarándoles la guerra sorda y muda». Y estas, en fin: «que al caer la condena sobre estos camaradas caiga también, si es preciso, sobre la cabeza que la dicte», no nos resultan. Ha pasado la hora de las declamaciones y de las posturas. Ha pasado también la de engañar y engañarnos, hablando de una fuerza y de un coraje que no sabemos mostrar sino en los papeles. Radowitzky y Wilekens no amenazarán tanto, y sin embargo supieron pegar. No amenazamos, pues, nosotros, y peguemos si somos capaces; y si no lo somos, dejémoslos de cacarear, callémoslos y suframos, que es mucho más digno que compadrear de arriba. No pretendemos con esto criticar vuestro manifiesto ni vuestra actitud; sólo queremos fundar el motivo que nos mueve a no publicar el manifiesto en cuestión. Y las razones ya están expresadas. Salud, compañeros.